



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

ANTROPOLOGÍA

EXPONE

• Matías Espinel •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Temario

I. Introducción

1. Concepto de antropología teológica
2. ¿Por qué estudiar la antropología teológica?
3. La creación del hombre

II. El hombre hecho a la imagen de Dios

1. El hombre hecho a imagen y semejanza de Dios

III. La composición del hombre

1. El monismo
2. La dicotomía antropológica
3. La tricotomía del hombre

IV. El comienzo de la vida

1. Perspectivas erróneas
2. Perspectiva bíblica
3. ¿Cuándo es dada el alma al hombre?
 - a. Traducianismo
 - b. Creacionismo



III. La composición del hombre

1. El monismo

El monismo antropológico sostiene que el hombre está constituido por un solo principio o naturaleza material o espiritual. La psicología racional siempre ha discutido la cuestión del alma y el cuerpo, y cómo estos se relacionan. En este sentido, el monismo psicológico anula toda distinción entre cuerpo y alma. También existe el monismo materialista, el cual reduce al alma a la materia o condiciones materiales, negando cualquier diferencia entre alma y cuerpo.

Los estoicos describían el alma como una parte del mundo-sustancia material. Creían en el alma — incluso en un alma irracional para los animales—. Según ellos, las criaturas racionales, como el hombre, poseen *pneuma* ('espíritu'), al cual llamaron “la respiración ardiente”, una chispa del fuego celestial.

Los estoicos creían que lo que Dios era para el mundo, el alma era para el hombre. Veían el universo como un todo que variaba según el estado del *pneuma*. Por lo tanto, para los estoicos, el ser humano tiene una naturaleza universal, aunque resumida en un microcosmos. Este microcosmos está integrado a Dios (el macrocosmos), llamado también “el Alma del mundo”. Así como el macrocosmos gobierna sobre el microcosmos, el alma del hombre gobierna a través de todo su cuerpo. Para los estoicos el alma era un fragmento de la fuerza divina universal.

Entre las corrientes filosóficas monistas encontramos también a los epicúreos. Epicuro siguió las enseñanzas de Demócrito, quien afirmaba que todo cuanto existe está compuesto de átomos, eternos, inmutables, indestructibles, diminutos, de todas las formas y colores. Lo que no está compuesto de átomos, no existe, por lo tanto, la nada no existe. El atomismo de Epicuro llegó a afirmar que los sentimientos, las sensaciones, los colores, los olores, los fenómenos naturales y todo lo que podemos imaginar son átomos. Por supuesto, también el alma. La muerte, pues, es la separación de los átomos que componen el alma y el cuerpo. Cuando el cuerpo muere, también muere el alma, pues el alma es tan material como el cuerpo, o tan mortal como este.

Nada existe fuera del mundo de los átomos. La justicia no existe, sino por el miedo (asociado al dolor) que causa al injusto la posibilidad de ser descubierto y castigado. La belleza tampoco existe, sino la sensación placentera que produce su contemplación.

Para la modernidad, el materialismo de Epicuro fue reivindicado por un sacerdote católico, Pierre Gassendi. Este autor aceptó la hipótesis atomista de Epicuro, basándose en la premisa de que los átomos tienen tamaño, figura y gravedad. Las primeras dos propiedades ayudan a la extensión de la materia,



mientras que la gravedad o peso (entendida como la fuerza que un átomo tiene para moverse a sí mismo de un sitio a otro) hace que los átomos se junten, en lo que Gassendi llamó *moleculae*. Es decir que las cosas, compuestas de átomos, se mueven por el continuo movimiento de estos. Sin embargo, este movimiento *per se*, es dado por Dios.

El materialismo moderno niega la existencia de un alma/mente abstracto. El famoso paleontólogo del siglo XIX, Richard Owen, negaba la dualidad alma/cuerpo, afirmando que la mente era producida por ciertos fenómenos físicos producidos por el sistema nervioso. También el filósofo Pierre-Jean-Georges Cabanis solía reducir todos los fenómenos psíquicos a funciones fisiológicas. Este filósofo era conocido por su fórmula: “El cerebro digiere las impresiones, y orgánicamente segrega el pensamiento”.

El materialismo cierra los ojos ante los fenómenos del alma que no puede explicar, o incluso niega su existencia.

El monismo idealista toma el camino opuesto al materialismo: reduce el cuerpo a la mente. Los neoplatónicos enseñaban que nuestros cuerpos están subordinados a nuestra mente o alma, la cual también es nuestra personalidad. El cuerpo es una construcción del alma para el conocimiento del mundo sensible. Juan Escoto Eriúgena afirmaba que el hombre no fue creado por Dios con un cuerpo material, sino que este es producto del pecado original. Por lo tanto, el cuerpo material dejaría de existir cuando el hombre recuperase su estado primigenio.

En los tiempos modernos, Berkeley decía que la realidad, el ser, no existe, sino mentalmente. Negó la existencia de la materia y del cuerpo del ser humano. La realidad es tal solo al ser percibida por la mente humana. Berkeley afirmaba que solo existían dos sustancias: el alma y Dios.

El monismo es sin duda una reacción exagerada al materialismo.

Existe una tercera clase de monismo psicológico: el paralelismo psicofísico. Esta postura niega cualquier causa del alma sobre el cuerpo, o viceversa, bajo la premisa de que nuestros pensamientos no pueden mover cualquier músculo, como la acción de la luz sobre la retina no produce en nosotros el pensamiento de un color. Sin embargo, dice que tanto el cuerpo como el alma son fases de algo más que se encuentra a lo largo de dos líneas paralelas, la física y la psíquica, de modo que el pensamiento es sincrónico con el movimiento, sin que influya uno en el otro. En la doctrina ocasionalista, Dios es quien causa cada uno de los eventos, incluso nuestras acciones. Los eventos creados por Dios no se basan en la relación de uno con otro, sino que Dios crea uno y luego el otro a su voluntad. Respecto a la unión del cuerpo y del alma, ocasionalistas como Malebranche afirma que el cuerpo y el alma no actúan directamente el uno sobre el otro, sino que Dios produce en el alma una sensación cuando el cuerpo la experimenta, y da al cuerpo un movimiento cuando el alma lo desea. Dios es la única fuente de causalidad.



Por otro lado, Leibniz encuentra una dificultad en su propio modo característico. Enseña que aunque las mónadas (unidades indivisibles) son inmateriales, la interacción entre las mónadas, creadas por Dios, crea la realidad. Por lo tanto, la “mónada cuerpo”, como la interacción de un grupo de mónadas puede ser divisible hasta alcanzar una unidad indivisible y no material.

Algunos trascendentalistas alemanes, como Schelling, sostienen que en el fondo hay una identidad entre naturaleza y mente, entre objeto y sujeto, pues la naturaleza es la mente invisible, y la mente es la naturaleza invisible. Es imposible saber cómo una afecta a la otra, por lo tanto, de alguna manera deben ser idénticos. Para Schelling, la diferencia entre mente y materia es solo relativa dentro de la totalidad que los contiene a ambos. Fechner, por su parte, sostiene que la realidad que impregna todo el universo es física (lado exterior de la realidad) y psíquica (lado interior o interno de la realidad). Paulsen asegura que los procesos físicos nunca son efecto de los procesos psíquicos, ni viceversa. Dice que “todo lo corpóreo apunta a algo más, a un elemento inteligible e interior, a un ser en sí mismo, que es afin a lo que experimentamos dentro de nosotros mismos”. Por lo tanto, cuerpo y alma son partes de un sistema universal, el cual es el cuerpo de Dios, y, aunque no interactúan, armonizan.

Herbert Spencer dice que tanto la mente como la materia son meros “símbolos de alguna forma de poder absoluto y para siempre desconocido para nosotros”.

2. La dicotomía antropológica

Una frase conocida de Cicerón es la siguiente: “*imago animi vultus, indices oculi*” (“la cara es el espejo del alma, y los ojos, sus delatores”). Esta frase responde a una profunda necesidad metafísica, pues el alma siempre ha sido concebida como algo abstracto, muy difícil de materializar, de concretar o localizar. La idea de una correspondencia entre el cuerpo y el alma no es para nada disparatada, pues el alma encuentra visibilidad en el cuerpo, sobre todo en su parte más pública y expresiva: el rostro. De esa manera, el alma (el espíritu o esencia de lo que somos, y aquello que nos constituye como seres singulares) se haría visible, física, exterior y cognoscible. Entendida en un sentido moral, las acciones y la verbalización pueden ser vistas como las principales formas de exteriorización del alma. Sin embargo, estas se extienden mucho en el tiempo como para aprehenderlas de una vez; sobre todo si tratamos con personas que no conocemos bien o desconocemos. La ciencia de la antropología confirma que los humanos tendemos a leer el rostro de los demás como un espejo o síntesis de su portador. Muchas veces, las palabras y las acciones no hacen más que confirmar lo antes leído. El rostro se nos aparece como un texto más o menos fijo, singular, y tendemos a leerlo –con mayor o menor pericia–.



Esta tendencia resulta natural y universal, y sirve como filtro de confianza, pues necesitamos saber si confiar o no en aquel que tenemos enfrente.

Por supuesto, podríamos objetar diciendo que la naturalidad de esta tendencia poco tiene que ver con que el rostro sea el espejo del alma. Sin embargo, no podemos desconocer que la cara tiene una capacidad única para expresar los distintos estados anímicos. En este sentido, aunque no refleje el alma, puede reflejar sus estados momentáneos y pasajeros. Cada uno de nosotros es capaz de leer las diferentes emociones en el semblante que adquiere un rostro, sin embargo, podría parecernos exagerado, pues no somos capaces de ir más allá de esa mera descripción. Aunque es cierto en alguna medida, con frecuencia tendemos a realizar algo más que una mera lectura emocional del semblante, puesto que inferimos rasgos del carácter. Lo hacemos a través de las cualidades faciales y corporales, no solo de la mímica, la coloración o la dirección de la mirada, entre otros, sino también de las cualidades estructurales, como la forma de los ojos, de la nariz, del mentón, etcétera; y de las artificiales, como el peinado, el maquillaje, los lentes, etcétera. Esta habilidad se ha denominado “fisiognomía natural”, por lo menos así lo han llamado quienes la contraponen a la pseudociencia de la fisiognomía, definida por la RAE como “el estudio del carácter a través del aspecto físico y la fisonomía del individuo”. La fisiognomía natural o intuitiva es una práctica muy extendida.

¿Cómo es posible que cualidades internas como las emociones, los deseos, las intenciones, o rasgos del carácter, como la bondad, la generosidad o la crueldad sean tan visibles en las facciones y expresiones faciales? ¿Podemos divorciar el alma del cuerpo en fenómenos como este? A pesar de esto, algunos negarán esta correspondencia. La discusión acerca de la relación cuerpo/alma lleva dándose desde hace miles de años. En la época moderna se hizo más habitual hablar de la dicotomía cuerpo/mente o cerebro/mente. Podríamos decir que cuando hablamos de lo mental o lo psíquico nos referimos a lo que antes se denominaba “alma”, aunque existen algunos matices. Mientras la “mente” o la “psique” son términos propios del lenguaje científico, el “alma” remite a una concepción más religiosa, aunque no siempre. El alma parece tener un sentido moral del que carecen la psique o la mente.

La pregunta que más se han hecho en la psicología es la siguiente: si el cuerpo y el alma son dos sustancias diferentes, ¿cómo es que uno influye o modela al otro? Este es el problema al que se enfrentan todos los dualistas, desde la tradición órfica y platónica a la cartesiana.

El credo órfico enseñaba que el ser humano estaba compuesto de cuerpo y alma. El alma es indestructible, sobrevive y recibe premios o castigos más allá de la muerte. Para los órficos lo esencial era el alma, lo que el iniciado debe cuidar y esforzarse por mantener pura, con el fin de ser salvo.



El cuerpo es un vestido, una habitación o incluso una tumba para el alma, la cual se desprende de este en la muerte, para ir al más allá a recibir sus premios o castigos. Platón tenía una visión similar. Según el dualismo platónico, el ser humano se compone de cuerpo y alma. El cuerpo es una realidad inferior y detestable, que encierra al alma, la que condiciona con sus deseos, apetitos y pasiones. El alma es la parte superior y excelsa, y para que alcance el auténtico conocimiento debe liberarse de las ataduras del cuerpo. En el mito de la caverna, las cadenas y la cueva oscura y falaz pueden ser interpretadas como la dimensión corporal, que le impide al alma del hombre conocer la verdad. El mundo exterior, la luz, los seres naturales y el sol corresponderían a la dimensión superior y racional del hombre.

En la época moderna, Descartes enseñaba que todos los comportamientos y procesos internos de los animales podían explicarse de manera mecánica, al igual que en el ser humano. Sin embargo, creía que existe una gran diferencia entre los humanos y los animales, sobre todo en tres características fundamentales: la conciencia, el libre albedrío y la racionalidad. Afirmaba también que la mente no es física, es decir, que no ocupa espacio, a diferencia del cuerpo (algo que parece descubrir en el camino hacia el principio “pienso, luego existo”). No obstante, esta mente no física podía influir en el cuerpo físico, dándose así la cuestión de la relación mente/cuerpo. Para Descartes, la mente, a diferencia del cuerpo, no está subordinada a ningún principio físico, pero es capaz de interactuar con el cuerpo, influyéndose mutuamente.

El filósofo suscribía al interaccionismo (denominado luego “dualismo cartesiano”), el cual creía que la mente, imposible de ubicar –puesto que no es física–, impregna todo el cuerpo, como el capitán de un barco; pues nuestros sentidos influyen en nuestras experiencias cognitivas con elementos sensoriales como los colores, o en estados corporales como el hambre, la sed o el dolor; experiencias o sentimientos que no existirían sin la interacción del cuerpo y la mente.

Aristóteles, y luego Tomás de Aquino, plantearon una solución intermedia entre el monismo y el dualismo. Según el hilemorfismo de Aristóteles, el alma da forma al cuerpo material. En este caso, el cuerpo es tan solo potencia –puede ser de una u otra manera–, determinado (pasar de la potencia al acto, tomar una forma concreta) por el alma. Ninguna de las dos sustancias es completa en sí misma, sino que ambas se complementan. La una no existe sin la otra, y las dos perecen a la vez.

La versión cristiana de Tomás de Aquino supone un cambio decisivo, aunque con base en la misma idea fundamental: el alma da forma al cuerpo, lo anima y lo individualiza, sin embargo, a diferencia de Aristóteles, sobrevive al cuerpo, puesto que es incorruptible, inmortal e independiente del cuerpo a la hora de la muerte.



3. La tricotomía del hombre

La antropología cristiana distingue dos niveles diferentes del ser humano. Esta idea comienza a afirmarse en base a la doctrina platónica del alma, tomando así una decisión de índole filosófico. Tras la dicotomía bíblica del hombre exterior y el hombre interior, el carnal y el espiritual, los padres de la iglesia se decidieron por la posición griega del alma y el cuerpo.

Los ortodoxos insisten en la unidad del cuerpo y el alma, formando una sustancia, aunque el alma también existe de manera independiente al cuerpo y es la que anima al cuerpo, el cual tiene su consistencia fuera de ella. Muchos fueron los esfuerzos de los padres de la iglesia para mostrar de manera inteligible esta unidad. Más tarde, los escolásticos consideraron al alma como la forma sustancial del cuerpo, suplantando la visión platónica predominante entre los cristianos por la aristotélica.

En este sentido, los padres de la iglesia se enfrentaron al obstáculo que presentaba el platonismo. En la Biblia, el alma (*nefesh*) es el “soplo de vida” que hace al hombre un “alma viviente”, pero este término es muchas veces empleado en contraste con la palabra *ruah*, vinculada al espíritu. Es entonces que la dicotomía filosófica fue reemplazada por la tricotomía cuerpo/alma/espíritu. Esta postura tenía más popularidad en Oriente, aunque con cierta confusión en sus significados.

Se adjudica al estoico Posidonio la distinción tripartita del hombre: *soma*, *psyjé* y *nus*, sin embargo, debemos asociarla más con su antecesor Aristóteles y los peripatéticos (sus seguidores). Un poema de Gregorio Nacianceno, un arzobispo cristiano del siglo IV, y uno de sus discursos teológicos presentan la idea tripartita del hombre como una verdad bastante extendida en esa época. Sin embargo, la terminología cristiana anterior al siglo IV dependía más de las ideas bipartitas del neoplatonismo, sobre todo las de Plotino. No obstante, Clemente Alejandrino, anterior a Plotino, habla de un alma tripartita o *trigene*, dividida en *nous* (alma racional), *thymós* (alma irascible) y *epithymía* (alma apetitiva), un pensamiento que ya había expresado Platón con anterioridad.

La Biblia nos presenta una fórmula tricotómica en 1 Tesalonicenses 5:23: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu [*pneuma*], alma [*psyjé*] y cuerpo [*soma*], sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Pablo no parece aludir a una tricotomía en el sentido griego, no obstante, no se trata de un pleonasma, es decir, de un montón de vocablos innecesarios para dar sentido a algo más grande, ya que luego distingue los fenómenos que dependen del cuerpo, del alma y del espíritu. Podemos ver que el apóstol utiliza la palabra *pneuma* como aquello que se conecta con Dios. De aquí que luego se hace la distinción entre el hombre *psyjikós* (‘anímico’) y el *pneumatikós* (‘espiritual’).



Orígenes sostenía la visión bipartita neoplatónica, sin embargo, traspuesto a la terminología cristiana podía verse una especie de tricotomía espiritual, pues afirmaba que el alma se convertía en espíritu cuando se ponía bajo el dominio del Espíritu Santo. Algo similar afirma Ireneo en la siguiente cita: “El hombre perfecto es la mezcla y la unión de un alma que asume el Espíritu del Padre (el todo) mezclado con la carne”. Esta es la posición que prevaleció en Oriente. Teófanos el Recluso escribió en su interpretación de la Carta a los romanos: “Todo está cumplido en el Espíritu Santo [...]. Sin el alma el cuerpo está sin vida, así sin el Espíritu de Dios, el alma está sin vida espiritual”.

Nunca hubiésemos imaginado que esta tricotomía espiritual compagine tan bien con la dicotomía psicológica, pues cada uno de los padres de la iglesia mencionados mantienen la idea bipartita neoplatónica de que el hombre se compone de cuerpo y alma, relacionando el espíritu con el aspecto espiritual del alma o concerniente a su trascendencia.

Orígenes, por ejemplo, sigue la fórmula dicotómica, aunque suele agregar un tercer elemento, al cual llama *pneuma*, *logos*, *dianoetikón*, *kardía* o *egemonikón*. Aunque algunos pueden decir que se trata en ese caso del Espíritu Santo, más bien hace referencia a la parte más elevada o divina (*theióteros*) del alma y el cuerpo; o lo que llama la “sustancia principal” (*proegumene ypóstasi*), definiéndola como “... una cierta trascendencia del hombre por encima de sí”.

La verdad es que esta dicotomía se convierte en una lucha para los filósofos cristianos, quienes deben defender la existencia de lo espiritual, lo cual a su vez debe trascender sobre el cuerpo y la razón. Esta clase de titubeo no solo se pueden ver en los padres de la iglesia de Oriente, sino también en los tiempos modernos. Teófanos el Recluso llegó a decir que el tercer elemento del ser humano es el espíritu, sin embargo, no sabemos con exactitud si se refiere al espíritu del hombre o al Espíritu Santo. Muchos autores veían al Espíritu Santo como parte del yo, por lo que se presenta tal confusión.

Gracias a esta ambigüedad resulta difícil describir lo que los autores espirituales llaman “espíritu del hombre”. Teófanos el Recluso da a entender que el espíritu es como el alma de nuestra alma, pues el alma debe vivir según el espíritu y obedecer sus exigencias. En su obra *Que es la vida espiritual y cómo perseverar en ella*, el autor dice: “... si satisfacemos las necesidades del espíritu, ellas enseñan al hombre cómo armonizar entre sí las otras necesidades, y es así como ni las satisfacciones del alma ni las del cuerpo están en contradicción con la vida espiritual, al contrario, colaboran con su actividad. Así resulta la armonía de todos los movimientos y de todos los comportamientos, los pensamientos, los sentimientos, los deseos, las intenciones y los placeres. Es el paraíso”.

También la conciencia del hombre parece jugar un rol fundamental en su conducta moral, lo que plantea la pregunta de cuál es su relación con lo trascendental, vinculado al espíritu.



No obstante, la palabra “conciencia” ha evolucionado tanto con el tiempo que resulta imposible homogeneizar los distintos conceptos adjudicados. Doroteo de Gaza tiene un párrafo muy bello acerca de la conciencia del hombre: “Cuando Dios creó al hombre, puso en él un germen divino, una especie de facultad más viva y luminosa que una chispa, para iluminar el alma y permitirle discernir entre el bien y el mal. Es lo que llamamos conciencia, que no es sino la ley natural [...]. Esta se debe observar, respecto de Dios, del prójimo y de las cosas materiales [...]. Dicen los Padres que el monje no debe permitir que su conciencia lo atormente por alguna cosa...”.

Los padres de la iglesia pretenden salvar la trascendencia de la espiritualidad divina, confusa en la idea platónica. El término “espiritual” tiene sin duda un sentido específico para los cristianos. El alma solo puede ser llamada espiritual a la medida que esté bajo el dominio del Espíritu Santo, aunque Ireneo, por ejemplo, decía que era necesario que esta tome la libre elección de espiritualizarse. Justamente es el libre albedrío que se ejerce ante la carne y el espíritu: “... si sigue al espíritu, es por él elevada; pero si consciente con la carne, cae en los deseos terrenos”. Por lo tanto, según Ireneo, solo las almas de los justos son “espirituales”.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

